

# APROXIMACIÓN A LA PRIMERA IMAGEN GEOGRÁFICA DE AMÉRICA

Eduardo MARTÍNEZ DE PISÓN

*Catedrático de Geografía Física. Universidad Autónoma de Madrid*

"El Renacimiento se construye sobre el hambre de espacio, hecho evidente en los frescos de Piero della Francesca en Arezzo, donde la mirada medieval, frontal, fija y eterna, es sustituida por las miradas inquietas, furtivas, soñadoras, audaces, de las figuras que *se atreven* a mirar fuera del cuadro, fuera de los límites formales de la pintura. Miran, acaso, a los nuevos espacios descubiertos por Colón y Copérnico... Don Quijote se desplaza, se mueve, sale de su aldea al ancho mundo: se arriesga."

*Carlos Fuentes.*

## 1. EL "EXTREMO-OCCIDENTE".

Un símbolo expresivo puede servir de comienzo a estas notas: el envío de Felipe II al Papa Pío V de una muestra de patatas traídas de América, como una curiosidad, aún exótica. Detrás del original regalo hay un significado histórico y geográfico de amplias consecuencias, puesto de relieve por el historiador Le-Flem: la entrada en Europa del "Extremo-Occidente", con sus conocidos efectos sociales y económicos. Añadamos a la patata el maíz, el tomate, el chocolate, entre otros productos agrícolas, y sumemos además el oro y la plata y el cortejo de cambios inducidos por su circulación. Pero, incluso, no son sólo vegetales, metales, animales, los nuevos elementos incorporados, sino espacios, tierras y mares y también hombres y culturas.

Por ejemplo, inmediatamente entran -y no sólo en España- los espacios oceánicos como un conocimiento, un itinerario, y también como un problema de dominio. Le Flem califica el hecho como una "mundialización" de la política, de la economía, de la guerra. Podríamos extenderlo a los viajes, los contactos, los conocimientos: es, en efecto, una "mundialización" de la Geografía.

Es la llegada de amplísimas extensiones de nuevo mundo que no constaban, que no tenían entidad para los geógrafos de los viejos continentes: no cabe duda que tal incorporación no puede ser denominada más que como descubrimiento desde el conocimiento geográfico. Sus efectos sobre este saber son evidentes, directos y, en casos, inmediatos, como en la confección de los nuevos mapas, y también son efectivos, aunque quizá más indirectos, en otros campos científicos y culturales. Esta constitución defi-

nitiva del saber geográfico de los contenidos reales y completos de la Tierra acontece como una inundación de paisajes, tras los reconocimientos de las "expediciones a descubrir": las consecuencias serán muchas, no sólo la ampliación del horizonte geográfico, sino, mejor, su desvelamiento y terminación, la constitución de la imagen objetiva, abierta y completa del planeta. Son muchos descubrimientos, no uno sólo, selva a selva, río a río, isla a isla.

Esos conocimientos concretos incorporados ocasionarán pérdidas de ignorancias, de fantasías, de prejuicios geográficos previos, de sus sustituciones por vacíos y por mitos. Decía Marañón que tales descubrimientos salvaron al viejo mundo de su horror al vacío, liberándolo de las oscuridades que ocultaban las regiones desconocidas. Humboldt escribió que fue como ver la cara oculta de la Luna en la propia Tierra. Europa se quedará como casa y el mundo aparecerá como horizonte.

Así fue revelada la variedad, la extensión y la fuerza del espacio natural americano, comparado con el propio. Ello lleva a considerar inmediatamente la asombrosa implantación española en tan fuerte territorio.

Quisiera comentar aquí, alrededor de estas dos cuestiones, también dos asuntos geográficos: por un lado, la variedad y fuerza de tales paisajes, reconocidos y vividos *geográficamente* entonces por primera vez y, en segundo lugar, la primera imagen de esos espacios, la que los incorpora a la Geografía a través de la mirada, desde diversos ángulos, de algunos de los cronistas de Indias: éstas son, a fin de cuentas, las primeras páginas escritas de la Geografía de América. Inevitablemente, como trasfondo, está el reto del recorrido y posesión de aquellas tierras para quienes iban a "descubrir y poblar". La amplitud de estos temas sólo nos permite un acercamiento: como en aquel relato de Azorín en el que habla de un pintor de paisajes desazonado por no poder representar la naturaleza con suficiente precisión, al menos "contentémonos con una aproximación".

## 2. LA FUERZA DE LOS PAISAJES.

Hemos hablado de la variedad y la fuerza de los paisajes americanos. Hoy día, en efecto, está reconocida tal fuerza y tal diversidad, hasta el punto que, de modo habitual, se proponen algunos de esos territorios como modelos de los montes, los llanos, los ríos, los lagos, los volcanes del mundo. Nada es pequeño ni vulgar: desiertos como el de Atacama, selvas como la Amazonía, cordilleras como los Andes, glaciares como el Hielo Continental Patagónico, volcanes como el Popocatepetl, llanos como La Pampa o los venezolanos, gargantas como las andinas, fiordos como los de la Patagonia occidental, lagos como el Titicaca, ríos, en fin, como el Amazonas o el Paraná, costas extensas, largas islas, como Cuba, mares inmensos, climas contrastados... Igualmente, lugares de fuerzas naturales poderosas, destructivas y frecuentes, que también son tomadas como ejemplos: los huracanes del Caribe, las erupciones de volcanes como el Parícutín o el Nevado del

Ruiz, los terremotos de México o del Perú, las inundaciones provocadas por las periódicas anomalías de la corriente marina de El Niño, los "huaycos" y aluviones andinos... Hasta fenómenos como el paradójico Casiquiare, símbolo del río insólito, que "anda en las dos direcciones" de su curso, son tópicos cuando hoy nos referimos al vigor especial de algunos paisajes de la Tierra.

Ciertamente, ello es lógico, pues el territorio iberoamericano posee no pocos "records" geográficos: en contraste con el punto más profundo del Atlántico en la fosa de Puerto Rico (8.381 m.), ciudades por encima de los 3.000 m. de altitud, como La Paz, cercana a la cota del Teide, o varias capitales sobre los 2.000 m. -en la altitud de las cumbres del Guadarrama-, como Quito, México, Bogotá, e incluso la población estimada como la más alta del mundo, Aucanquilcha, en Chile, a 5.334 m. La extraordinaria prolongación de la cordillera a lo largo de unos 8.000 kilómetros. Las altitudes montañosas, superiores a los 5.000 m. en el Norte (Orizaba, 5.700 m.), a 4.000 en el Centro (Tajumulco, 4.220 m.) y a 6.000 en el Sur, como el Aconcagua (6.960 m.) o el Huascarán (6.768 m.), entre otros. La existencia de regiones extremadamente lluviosas, como la Patagonia Occidental, donde se calculan más de 6.000 mm., la Amazonía, con 2.800 mm., y del lugar más seco del mundo, Atacama, sin ninguna lluvia registrada. La llamativa extensión de la mayor cuenca fluvial del planeta, la del Amazonas, cuyas dimensiones siete millones de Kilómetros cuadrados, quizá conviene compararlas con las de la superficie de España, o cuyo caudal ( 200.000 m<sup>3</sup>./sg.) Se ha contrastado alguna vez con el de nuestros ríos: conforma así la línea del Amazonas más de 6.000 kilómetros de recorrido, dando lugar al único "desierto" -en el sentido de este término como ámbito casi despoblado- que no es árido o está helado. En estos amplios espacios del continente está también una catarata que es la más alta de cuantas existen o, en su confín, se emplazan las ciudades más australes de la Tierra, Ushuaia y Puerto Williams, abiertas ya hacia la no muy lejana Antártida, pero sí muy distantes de la población más norteña de Hispanoamérica, situada por encima de los 30° de latitud Norte.

Con ello, se encuentran los extremos iberoamericanos alejados a mayor distancia de la que separa Lima de Europa.

### **3. LA VARIEDAD DE LOS PAISAJES.**

Este amplio, vigoroso y contrastado espacio puede ser simplificado. En América del Sur se distinguen tres ámbitos principales: la cordillera occidental, los llanos centrales y el zócalo oriental. En América Central, otros tres: el Atlántico húmedo, el Pacífico diverso y elevado y el interior estrecho, con altas tierras. En México, cuatro: la Meseta Central y los tres relieves marginales, la Sierra Madre Occidental, Oriental y la Meridional con la Diagonal Volcánica. En las Antillas, dos: Las Grandes, de Oeste a Este, y, en arco hacia el Sur, las Pequeñas.

Pero, tras este esquema, no hay monotonía . En un solo país pueden

concentrarse numerosos paisajes. En América Central pueden recorrerse por ejemplo, en Guatemala, la costa pacífica, la cadena volcánica, las fosas internas, los bloques y sierras escabrosas y los llanos boscosos orientales. En el continente, en el Perú, desde el litoral, la sierra, la puna, la montaña y la selva: campos áridos, glaciares, selvas, cordilleras negras y cordilleras blancas: un viajero que atravesara el país pasaría por el desierto costero, el desierto de ladera, la tierra templada, la tierra fría y la tierra helada, en el sector occidental; y, desde la cumbre, descendería por la vertiente oriental a través del bosque de nieblas, del bosque templado y del bosque de lluvias, cálido y húmedo.

Propongamos algunos datos para establecer un orden posible de los paisajes naturales de América meridional. En primer lugar, tres condicionantes fundamentales, derivados del dibujo peculiar del continente: primero, el gran alargamiento Norte-Sur, que ocasiona una amplia diversidad zonal climática a ambos lados del Ecuador y recorriendo extensamente el hemisferio austral. Segundo, la posición de la cordillera andina al Oeste y a lo largo del continente no sólo crea un dibujo peculiar, sino que hace de tabique climático del Pacífico y de la Amazonía y ocasiona una singular divisoria de aguas, con tres grandes cuencas hacia el Atlántico -canales interiores que dirigen la Geografía (Orinoco, Amazonas y Río de La Plata)-, en contraste con el área del Pacífico; esta disposición en suma, origina una vigorosa disimetría continental a Este y Oeste de su relieve. Por último, el adelgazamiento del continente desde los 34° Sur ocasiona que 2/3 de su superficie sea intertropical, con climas cálidos continentales: la Amazonía, parte del Chaco, Mato Grosso, el Brasil, etc.

En consecuencia, los distintos ámbitos climáticos están afectados por el juego de latitudes, altitudes, disimetría andina y corrientes marinas. Los contrastes por áreas derivados de esta trama ocasionan, por ejemplo, las temperaturas altas y precipitaciones elevadas del área ecuatorial, la diversidad interior, la influencia de la corriente de Humboldt en la aridez del litoral occidental, la incidencia del frío en el extremo Sur, etc. Simplificando mucho las áreas climáticas de América del Sur las podríamos dividir escuetamente en tropical y extratropical. En la tropical, aunque las temperaturas sean cálidas y con débiles oscilaciones, salvo en los pisos altos montañosos, las precipitaciones marcan una clara diversidad entre áreas lluviosas y secas; en las primeras, incluso, se distinguen las centrales de lluvias continuas de las que poseen estación seca, al Norte y al Sur, y en las segundas, las áridas del pacífico y su entrada hacia el interior y las secas del Nordeste del Brasil. En la zona extratropical, la diferenciación según las precipitaciones es notable: las áreas lluviosas de Chile, la región árida del Norte de este país y la diagonal seca, la continental, contrastada y seca, la templada y húmeda de la región del Plata, las Pampas, seca -interior- y húmeda -atlántica-, la compleja línea de la cordillera, también diferenciable en Andes húmedos y secos, variables según sus grandes desniveles.

A estos medios se adaptan los espléndidos paisajes vegetales americanos y

no sólo ellos sino, parcialmente, también los humanos a diversas escalas: sin olvidar causas históricas, las naturales influyen, por ejemplo, en el reparto de la población, como ocurre en los amplios despoblados andinos, de la selva y de las regiones áridas del interior suramericano, lo que incrementa, aún hoy, el peso de los elementos físicos en la definición de esos paisajes.

Las formaciones vegetales resultantes son, como es conocido, notables. En el escudo brasileño, la "caatinga" de arbustos espinosos del sector oriental, los "campos cerrados" arbustivos y los "campos limpios" de sabana del interior.

En el zócalo de la Guayana y en el delta del Orinoco se extiende el espeso bosque lluvioso y, sobre la losa culminante del zócalo, la gran sabana. En el canal fluvial del Paraná se asientan el bosque de quebrachos del Chaco, la pradera de la Pampa, los espinales y la sabana del pantanal. En el canal amazónico crece el bosque de altos árboles y copas tupidas, con falta de luz en su interior, con multitud de especies y vida animal prolífica, extenso y escasamente habitado. En los Andes del Norte varían las especies, desde las cactus a los bosques y las praderas; en la cordillera central la variación ofrece selva amazónica, bosques brumosos, la "ceja de montaña" -ya por los 3.000 m. de altitud-, la puna con "ichu", la alta montaña caracterizada por los glaciares, y, en contraste, los blancos y desolados salares de las fosas y el desierto occidental. Más al Sur, la aridez define el sector de levante, con matorrales y algún arbolado en las riberas bajas, pasando progresivamente hacia bosques de ambiente mediterráneo, hacia coníferas y las primeras lengas asustrales; finalmente, en los Andes meridionales y patagónicos, con fuerte disimetría pluviométrica, se acogen desde laureles y magnolios, de los sectores templados y lengas y araucarias, hasta la formación de los últimos y aún salvajes bosques fueginos del Sur del mundo, que alcanzan las orillas de los canales que dan al mar.

Estos ejemplos de diversidad se extienden igualmente hacia el Norte y no sólo en grandes espacios: quien suba al Popocatepetl observará en su laderas una sucesión altitudinal de bosques y matorrales realmente llamativa. En suma, todo ello conforma una naturaleza espléndida, aún hoy en muchos lugares difícil de recorrer a pie, en algunos incluso parcialmente virgen, con relativa frecuencia todavía sin domesticar.

#### **4. LA ACTIVA EXPLORACIÓN.**

Este número abrumador de paisajes llegó de pronto a España -a Europa- a través de los historiadores de Indias. Fueron éstos dejando constancia más o menos detallada de tierras y mares nuevos, de elementos hasta entonces desconocidos de la naturaleza, de los escenarios de sus hechos, con desigual ingenuidad, realismo, admiración, interés o pragmatismo, con mayor o menor coherencia entre los componentes del paisaje, también con equivocaciones o con exageraciones. Se ha citado en alguna ocasión en este sentido, como ejemplo, la afirmación de Las Casas sobre la longitud de Cuba,

"como de Valladolid a Roma": aunque no tanto, sin embargo ciertamente Cuba es larga. También Las Casas es expresivo del candor ante las experiencias nuevas que permitía aquella sorprendente naturaleza, como cuando relata el rezo de maitines en el cráter del volcán Masaya a la luz de la lava. En conjunto, estas páginas presentan el descubrimiento como normalidad.

Por otro lado, la Casa de Contratación funcionó en parte como un centro geográfico, que puede considerarse clave en la aportación científica en esta materia en el Renacimiento, al fomentar y reglamentar la elaboración de informes -las Relaciones de Indias- de estricta Geografía. También el Consejo de Indias tuvo carácter clave con sus proyectos de reconocimientos y con la figura del "Cosmógrafo y cronista", como es el caso de López de Velasco, autor de la temprana *Geografía y Descripción Universal de la Indias*.

Es sorprendente, además, la rapidez exploradora. Más aun con los medios disponibles en aquellas fechas. Si tomamos como ejemplo los datos de C. Prieto sobre la exploración del Pacífico, la velocidad de descubrimientos es la siguiente: En 1513 es avistado por Balboa, entre 1519 y 1522 es cruzado en la Vuelta al Mundo, del 22 al 39 Pedrarias Dávila lo reconoce hacia el Norte, en 1537 se realiza la gran incursión mar adentro de Grijalva, entre el 40 y el 50 se inicia la exploración del Sur, en 1557 Ladrillero se interna en el dédalo de canales de Ultima Esperanza, Juan Fernández reconoce el Sur en el 74, en el 79 y 80 Sarmiento de Gamboa explora los confines marinos meridionales; incluso en 1603, ya en aguas del mal llamado Paso de Drake, Gabriel de Castilla contempla las heladas islas antárticas.

Pero es notable, sobre todo, la eficacia exploratoria. Por ejemplo, en sus prontas consecuencias en fundaciones, relaciones, vías, explotaciones. Volviendo al caso anterior, el Pacífico, y a los datos de Prieto, este autor hace un balance del viaje de Magallanes y de él resultaron las siguientes aportaciones: descubrimiento del Estrecho, apertura de la ruta del Pacífico, descubrimiento de archipiélagos pacíficos, datos náuticos, cosmográficos y geográficos (mapas, informes, etc.), demostración de competencia náutica y expedicionaria y, obviamente, la vuelta al mundo. No es poco.

Otra efectiva consecución de las exploraciones fue una rápida articulación continental, como ocurre con la conexión establecida en 1542 con la "entrada" de Diego de Rojas en la región de Tucumán. El descubrimiento de este camino principal puso en contacto el Perú con el Río de La Plata y el Sur, no sólo con el Noroeste argentino, y ello permitió la integración de un amplio espacio vacío, en la colonización radial desde las minas peruanas, diversificando el abastecimiento de este territorio, entonces central. No es casual la implantación eficiente que sigue a la aventura.

## 5. LA PRIMERA IMAGEN DE LA GEOGRAFÍA DE AMÉRICA.

Recientes trabajos de las profesoras Canosa y Sáez Pombo, de la Universidad Autónoma de Madrid, permiten un acercamiento selectivo a los textos de los primeros geógrafos (a veces "a palos") de América. Los

relatos geográficos de los cronistas son, ante todo, expresivos de la reacción del explorador y del conquistador ante aquel distinto, fuerte y variado territorio y estas actitudes matizan espontáneamente sus descripciones.

Es amplia la gama de actitudes de los historiadores y exploradores: Hay la admirativa, la inquieta, la calamitosa, la objetiva y detallada, la meramente burocrática, la pragmática, la mítica, la escueta, la descriptiva de regiones concretas, la que sólo toma lo geográfico como referencia del escenario de una acción, la explicativa de los fenómenos. Además, están los relatos de expediciones olvidadas, los textos perdidos.

Es habitual la actitud *admirativa*. Ya Colón, en el diario de su primer viaje, escribe: "Hay árboles los más hermosos que yo ví". Y, también muy pronto, Américo Vespucio dice: "sus árboles son de tanta belleza y de tanta suavidad que pensamos estar en el Paraíso Terrenal". No cabe más, por tanto: el descubridor rendido; la referencia al máximo; el viaje al Edén. Este inicio tiene continuadores constantes. Algunas citas son indispensables para transmitir el directo entusiasmo ante las cosas, como en el caso de Balboa: "son estas minas... las más ricas del mundo..." (es) una sierra la más alta del mundo...(es) la más hermosa tierra del mundo...". De modo parecido, López de Gómara, refiriéndose al Perú... escribe: "Oro y plata hay donde quiera, mas no tanto como en el Perú... y al aire, peñas y cerros de colores, no sé dó los hay como aquí... En Collí hay una laguna dulce que tiene el suelo de sal blanca. En los Andes hay un río que , siendo sus piedras de sal es dulce... Hay sierras de colores, otras negras... otras amarillas, verdes, azules y se divisan de lejos y parecen muy bien".

Las maravillas de lo nuevo aparecen con frecuencia, como en la relación de aves del Padre Acosta (tominejos, cóndores, auras, guacamayas...) o los "gatos monillos" -monos aún equívocos con gatos- de Hernández de Oviedo. Este último cuenta con especial gracia las características del "Perico Liger", humorístico nombre para referirse al perezoso (como "en España - escribe- suelen llamar al negro Juan Blanco porque se entienda al revés"): "animal de los extraños, y que es mucho de ver en Tierra Firme... Perico ligero es un animal, el más torpe que se puede ver en el mundo...".

Pero no todo es encanto. *Los cambios de talante* son incluso, a veces, casi extremos. El gozo de Balboa ante el descubrimiento del Pacífico contrasta con la ansiedad de Magallanes en el Estrecho, como lo describe Ginés de Mafra: "estaba Magallanes muy pensativo, a ratos alegre, a ratos triste, porque cuando le parecía que aquel era el estrecho que él había prometido alegrábase... luego tornaba triste si por alguna imaginación le parecía que no era aquél..." "En algún caso, también, la actitud es, en oposición, de indiferencia, automática o premeditada, burocratizando el descubrimiento, como cuando, tras el gozo de Balboa antes mencionado, éste "tomó posesión de aquel mar con testigos y escribano". Incluso, el paisaje puede aparecer casi exclusivamente como generador de calamidades, lo que ocurre comúnmente con las selvas: el Orinoco de Jorge de Spina en 1535, la selva costera ecuatoriana de Alvarado en 1534, la selva peruana de Gonzalo Pizarro en 1540 o las desdichas de Orellana en el Amazonas.

No obstante, hay garantías de objetividad en numerosas *descripciones concretas* y relacionadas. Así Lizárraga o Agustín de Zárate sobre el Perú, Cieza de León sobre la orografía, vegetación, clima, ríos, poblamiento, comunicaciones de la sierra en su *Crónica del Perú*, López de Gómara, en su *Historia General de Indias*, cuando aborda temas de topografía, clima, arboledas, cultivos, poblados, fauna, roquedo, ciudades y barrios, el Inca Garcilaso al describir paisajes humanizados, Salazar al referirse a ciudad y campo, Solís a la ciudad o Cabeza de Vaca al hacer casi inventarios en sus descripciones.

Así Hernández de Oviedo expresa esta voluntad de describir objetivamente cuando dice: "Agora mi intento no es sino de dar razón del asiento e grados de aquesta gran tierra, declarando los puertos y partes principales della". Más evocadora y espontánea es la detallada descripción de México de 1520 de Hernán Cortés: "grande la ciudad como Sevilla o Córdoba". Esta vivaz descripción necesita ser leída completa directamente. Contentémonos aquí con una cita algo extensa de una de sus partes. "Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo; donde hay todos los géneros de mercadurías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedras, de huesos, de conchas, de caracoles, de plumas; véndese tal piedra labrada y por labrar, adobes, ladrillos, madera labrada y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos en cañuela, papagayos, búharos, águilas, falcones, gavilanes y cernícalos, y de algunas aves destas de rapiña venden los cueros con su pluma y cabezas y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños, que crían para comer, castrados. Hay calle de herbolarios, donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios... Hay casas como de barberos... Hay casas donde dan de comer y beber...". Uno desearía, tras releer esta descripción, haber estado allí. Al menos, puede producir la sensación del conocimiento directo, transmitir la vivencia de aquel escenario abigarrado, con la pormenorización de sus elementos como base realista: la misma catarata de joyas, piedras, aves, plantas y gentes recrea un ambiente atractivo y vivo que pocas páginas de geografía serían capaces de reconstruir.

Otros documentos amplían esta imagen geográfica en temas distintos, como la descripción climática realista del Perú hecha por Cieza, con mención a las variaciones estacionales y de los ríos, al cambio según los meses, a las precipitaciones según las regiones y sus consecuencias en la vegetación; también buscan la objetividad, por ejemplo, Cervantes de Salazar al hablar de clima, árboles, fauna, ríos, piedras, o López de Velasco, entre otros, Pero el caso de mayor interés por su precisión es el de la *Historia Natural y Moral de las Indias*, de Acosta, de 1590: con justicia Feijoo

llama a este autor "el Plinio del Nuevo Mundo". Los hechos geográficos se sistematizan: así el clima de la zona tropical (lluvias, temperaturas, vientos, soroche, pisos climáticos), las aguas (mares, lagos, ríos, fuentes), las regiones del Perú, los minerales, los animales, los vegetales, los volcanes. Esta tradición sigue en fechas más tardías; prueba de ello son los escritos, ya en el siglo XVIII, de Félix de Azara, continuador de la descripción geográfica detallada, encandilada por lo nuevo, con la referencia comparativa a lo conocido a este lado del Atlántico, como cuando, en una simpática evocación, dice: "Sólo he oído cantar a una rana como las de España en una lagunita dentro de la ciudad de La Asunción".

Estas referencias a lo conocido son habituales. Así Cabeza de Vaca en sus *Naufragios*, al enumerar los árboles de un paisaje, comenta: "Hay pinos y robles palmitos bajos de la manera de los de Castilla". Los mismos trasposos de nombres de vegetales de España a América, sin coincidencia de especies, son el lógico resultado de la existencia de partida de un modelo hispánico de entendimiento del mundo, como en el caso de los volcanes ese patrón lo serán el Teide, el Etna y el Vesubio.

Las observaciones que venimos viendo suelen estar en relación con un claro *sentido práctico*, una valoración del espacio económico, un realismo que directamente persigue el aprovechamiento del territorio. Ortigueira, tras definir el Amazonas como grande, poderoso y majestuoso, inmediatamente añade: "es tierra muy aparejada para ingenios de azúcar, viñas, sementeras, olivares de todas las cosas de Castilla y árboles de nuestra España". Aparte de la vuelta al modelo y de la sobreestimación agrícola de la región, no hay duda sobre sus intenciones. Las páginas sobre el uso de la iuca de Cárdenas o del cultivo del maíz de Hernández de Oviedo pueden añadirse a esta visión utilitaria, corroborada por los hechos de modo inmediato. Entre estos escritos hay algunos singulares: visto desde hoy no deja de ser curioso el elogio del tabaco que hace el doctor Cárdenas, en el que el cigarrillo es calificado como "el más extraño modo de medicina que en todo el arte médica jamás se imagina... muchos españoles y aun las mujeres lo han deprendido y es que toman esta yerba y después de seca y molida la envuelven en una hoja o canutillo y encendiéndola por una parte, chupan el humo por la otra a fin de tragarlo".

No obstante, el realismo va en no pocas ocasiones mezclado con la fantasía tradicional. En buena parte de la acción expedicionaria están presentes los *mitos* en concreto los geográficos, los mitos-guía de las exploraciones y de las interpretaciones, que componían el ambiguo trasfondo cultural de la época, sobre todo en lo concerniente a los espacios desconocidos -las geografías fantásticas-, a las lecturas veristas sobre lugares y viajes imaginarios y a la persistencia en los mapas de regiones ficticias que aún eran posibles. El inagotable y sorprendente paisaje americano y los avatares de la exploración, sin duda ayudaban a esta percepción mítica del espacio. Así, no sólo el Tenochtitlán de Díaz del Castillo será evocador de los relatos de caballerías, sino que las búsquedas de "El Dorado" o de las "Siete Ciudades" o de la "Ciudad de los Césares", entre otros objetivos fabulosos, fueron motores

de la acción: no olvidemos que esta última ciudad impulsó dos fuertes expediciones, una de las cuales, ya en 1604, alcanzó en su búsqueda la Patagonia. Puede ser que, como escribe Chatwin, la historia aspira a ser simétrica del mito, pero rara vez lo consigue. En contraste con la fantasía está la frecuente *parquedad descriptiva* de los expedicionarios, como señaló Ezquerria en el caso de las crónicas de las exploraciones andinas. Esta austeridad del relato de aventuras es quizá propia de los hombres de acción, figura que podría sintetizarse en la descripción que, en cinco palabras, hace López de Gómara de Núñez de Balboa: "hombre que no sabía estar parado". Pero un ejemplo puede bastar para mostrar lo escueto de la narración; cuando Cabeza de Vaca alcanza las hoy célebres cataratas de Iguazú, lugar de vigorosa fuerza natural y de belleza evidente, el cronista Pero Hernández no se detiene en consideraciones de este tipo; simplemente, escribe: "E yendo por el dicho río de Iguazu abajo era la corriente de él tan grande, que corrían las canoas por él con mucha furia; y esto causólo que muy cerca de donde se embarcó da el río un salto por unas peñas abajo muy altas, y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe, que de muy lejos se oye; y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más, por manera que fué necesario salir de las canoas y sacallas del agua y llevarlas por tierra hasta pasar el salto, y a fuerzas de brazos las llevaron más de media legua, en que se pasaron muy grandes trabajos". En suma, un "mal paso".

No debemos omitir nosotros también otros descubrimientos que quedaron sin efecto y sin fama: los *olvidados*. Quizá el caso más notorio es la exploración de Ladrillero en 1557 de la región de Última Esperanza en los confines australes, en el dédalo de los inhóspitos canales patagónicos, cuya relación quedó retenida para ocultar su valiosa información a otras potencias. Escribe el historiador Martinic que esta relación quedó tan bien escondida "que de la misma se perdió hasta el recuerdo y el rastro por espacio de más de trescientos años", con la consiguiente privación para el conocimiento geográfico de este territorio durante esos siglos.

## 6. RÍOS, CORDILLERAS Y VOLCANES.

Hagamos, por último, una lectura particular de las imágenes que esta primera Geografía americana ofrece sobre tres fundamentales paisajes del Nuevo Mundo: sus ríos, los Andes y los magníficos volcanes.

La visión de los *ríos* es ambivalente: por un lado son vías de comunicación, por otro son obstáculos. Además, los grandes canales fluviales van relacionados con las selvas de sus cuencas, lo que incrementa su imagen calamitosa. También interviene, claro está, la percepción subjetiva del expedicionario. No es rara, así, la visión taciturna del Amazonas por Lope de Aguirre, para quien el río es "grande y temeroso", largo y desierto hasta "desesperar".

Hay exploraciones en las que las calamidades adquieren tal intensidad, que dominan el relato, como en la de Orellana, según Carvajal: "no comía-

mos -escribe- sino cueros, cintas, y suelas de zapatos cocidos con algunas yerbas"; recordemos que, al tiempo, han de luchar con indios hostiles, con remolinos, con mitos intranquilizantes. En el álgido de la expedición por tierra de Pizarro en 1540, cuenta Dionisio de Alsedo que estaban "consumidos los bastimentos, podridas las ropas, muertos los caballos y la mayor parte de la gente"; en efecto, Pizarro volvió del Amazonas a Quito con sólo 81 supervivientes de las 380 personas que emprendieron el viaje. No es, por ello, nada ilógica la imagen de desastre que suele acompañar a los ríos, aunque no falten descripciones neutrales, como la que del Orinoco hace Hernández de Oviedo y hasta optimistas, como es el caso de López de Gómara refiriéndose al Río de La Plata, región a la que califica de "tierra fertilísima", hasta el punto que "Sebastián Gaboto sembró cincuenta y dos granos de trigo en Septiembre y cogió cincuenta mil en Diciembre". Las cosas no eran, sin embargo, fáciles tampoco aquí; el mismo autor, hablando de Solís escribe con parquedad: "en saliendo de la barca, dieron sobre él muchos indios que estaban en celada y lo mataron y murieron todos los españoles".

Hemos dicho antes que los ríos son obstáculo, peligro para el paso, dificultad para la relación entre las comarcas ribereñas. Especialmente complicado debía ser el cruce de los ríos andinos; cuenta Alsedo un sistema de elemental trasbordador, aún hoy utilizado de modo similar en los ríos bravos y con escasos puentes del Himalaya meridional: la "tarabita". La imagen de los cursos de agua es casi romántica: "ríos que se precipitan de la sierra con arrebatadas corrientes, arrastrando piedras que se van golpeando unas con otras, haciendo estrépito que atemoriza, y árboles con las ramas, troncos y raíces arrancadas de las riberas por donde han pasado, que van voltegeando y haciendo remolinos que dan espanto y temor y turban las vistas y las cabezas".

Una de las más vivas descripciones de estos pasos de ríos es la que hace López de Gómara: "los puentes son para reir y aun para caer", escribe. En los que no se pueden hincar postes echan una sogá de una parte a otra y la gente cruza colgada de un cesto de vendimiar; en otros ríos ponen un tablón, en el que, "más peligran los españoles, desvaneciendo, con la vista del agua y altura y temblor de la tabla; y así, los más pasan a gatas". En otros casos son puentes de maromas o balsas, artesas, e incluso redes de calabazas.

En la exploración andina Ezquerria ha distinguido dos etapas, la primera hasta 1530 y la segunda del 30 al 50, en la que ya se producen internamientos y travesías en la cadena, de los que se derivan las primeras imágenes próximas de la *cordillera*. En la primera fase, no obstante, hay algún viaje portentoso, como el de Alejo García, naufrago que va desde la costa del Brasil, atravesando Paraguay y El Chaco, hasta los Andes de Bolivia, o el de Francisco César, en 1526, envuelto luego en mitos que ya hemos aludido.

Se destacarían los internamientos de Pizarro en 1531 en los Andes peruanos y, especialmente el viaje de Hernando Pizarro, que recorrió en 1533

trescientas leguas en cinco meses, alcanzó el corazón andino del Callejón de Huaylas, al pie del Huascarán, y llegó al Alto Marañón. También los de Alvarado, Belálcazar por el camino inca y por el corredor volcánico ecuatoriano, Valdivia, Rojas. Quizá se atravesaron pronto pasos elevados como el del Puente del Inca o el de San Francisco; la dureza de los Andes quedó recogida en las crónicas, como los "grandes trabajos (que) pasó don Diego de Almagro y su gente en la jornada de Chili", narrados por Agustín de Zárate: "se quedaron muchas personas y caballos helados, sin que bastasen ningunos vestidos ni armas a resistir la demasiada frialdad del aire, que los penetraba y helaba. Y era tan grande la frialdad de la tierra, que, cuando dende a cinco meses don Diego volvió al Cuzco halló en muchas partes algunos de los que murieron a la ida, en pie, arrimados a algunas peñas, helados, con los caballos de rienda también helados y tan frescos y sin corrupción como si entonces acabaran de morir". Estos caballos congelados, tétricamente dispuestos a la orilla del camino, sirvieron de alimento a los viajeros en aquel crudo retorno y, gracias a ellos, el paso de los Andes fue menos penoso. Un formidable viaje, sin duda.

Descripciones realistas de los territorios andinos se derivan de estos reconocimientos. Cieza de León menciona, así, las cimas de la cordillera ("cumbres desiertas donde los hombres por ninguna manera podrían vivir"), los bosques de montaña ("de gran espesura y la tierra tan enferma"), la sierra ("frigidísima y sus cumbres llenas de grandes montañas de nieve, que nunca deja de caer"), los desiertos ("sierras de arena y gran sol, sin haber agua ni hierba ni árboles ni cosa criada"), las quebradas ("valles algo hondos, abrigados"), los volcanes ("altos cerros... poblados... de bocas de fuego"), la extraordinaria longitud de la cadena ("se tiene por una de las grandes del mundo, porque su principio es desde el estrecho de Magallanes"), su carácter abrupto ("son muy dificultosas estas sierras y montañas"). La decantación, pues, en conocimientos geográficos concretos de tan alta y extensa sierra no se hizo esperar.

La experiencia, bastante especial, de los *volcanes*, da lugar también pronto a acciones, observaciones y reflexiones interesantes. Curiosamente, los primeros contactos están guiados por el sentido práctico.

Por el conocimiento de la extracción de azufre del cráter del Teide con fines militares, Cortés, necesitado de pólvora, envió cinco soldados, según cuenta Cervantes de Salazar, dirigidos por Mesa y por Montañó, a la boca del Popocatepetl. Montañó descendió parcialmente por el cráter en una bolsa colgada de una guindalesa o cabo grueso y largo y recogió el azufre en una proeza realmente espectacular. No obstante, aun hubo otros descensos a cráteres, más singulares. López de Gómara describe el volcán Masaya, "un serrejón raso y redondo... que echa fuego", su boca y su boquerón y la brasa que "hierva" en su interior. Señala que, a veces, la masa de fuego se levanta y lanza fuera su resplandor, "anda de una parte a otra y da tan grandes bramidos de cuando en cuando, que pone miedo". El lago de lava, sin embargo, no rebosa, añade, "por lo cual y porque jamás falta el licor ni de bullir, piensan muchos ser oro derretido". En consecuencia,

pronto se aprestaron algunos a reconocerlo directamente: "y así entraron dentro del primer hueco fray Blas de Iñesta (del Castillo, dice Oviedo), dominico, y otros dos españoles, gindados de sendos cestos". Teniendo en cuenta que la temperatura de la lava incandescente suele ser superior a los 1.000°, el viaje no sólo denotaba espíritu práctico, sino verdadera osadía.

Cuenta Gómara que "metieron un servidor de tiro con una larga cadena de hierro para coger aquella brasa y saber qué metal fuese. Corrió la sogá y cadena ciento y cuarenta brazas, y como llegó al fuego, se derritió el caldero con algunos eslabones de la cadena en tan breve, que se maravillaron, y así no supieron lo que era. Durmieron aquella noche allí sin necesidad de lumbre ni candela -comenta Gómara con su peculiar humor-. Salieron en sus cestos, con hartó temor y trabajo, espantados de tal hondura y extrañeza del volcán". El precepto científico de comprobar sobre el terreno las hipótesis no era tan lejano de los expedicionarios como pudiera parecer. La temeridad del grupo aventurero anticipó siglos la anécdota del viaje al centro de la Tierra de Verne o los descensos, a veces realmente extremos, a cráteres activos llevados a cabo por Haroun Tazieff a mediados de nuestro siglo y en ocasiones estimados hoy como hazañas quizá sin precedente. Pero, a fin de cuentas, la experiencia fracasó; no obstante el espíritu práctico que la había guiado debió insistir en sus propósitos, pues Gómara añade que en 1551 se dió licencia al deán Alvarez "para abrir este volcán... y sacar el metal".

De los reconocimientos salieron descripciones y, en algún caso, hubo intentos de explicación del fenómeno volcánico. Así Acosta y Cárdenas, casi simultáneamente, razonan las causas de la eruptividad, alrededor de la clásica teoría de las "exhalaciones". Las fuentes son Aristóteles (Cárdenas cita los "Metehoros") y otros clásicos, pero las elucubraciones de Cárdenas son, en parte, propias. Según este autor, los terremotos se deben al calor del sol que "penetra hasta el propio abismo de la indiana tierra a levantar los sobredichos vapores o exhalaciones, que son los que hacen estremecer la tierra". En el caso de los volcanes, señala que éstos "proceden del fuego, que perpetuamente arde en los mineros de azufre". Pero no se trata de un plutonismo anticipado, pues el fuego se emprende, para Cárdenas, como el rayo en la nube, encendido al encontrar las exhalaciones cálidas ascendentes el frío, por la presencia de su contrario. "El frío grandísimo -escribe- es el principal agente que aquí (se refiere a los volcanes) engendra el fuego por vía de antiparístasis". Los extraños razonamientos de Cárdenas conducen a una teoría evidentemente falsa, pero es necesario reconocer que tiene una voluntad explicativa, que no es frecuente, y una acusada originalidad personal, encadenando datos parcialmente veraces en una demostración fantástica que, como precedente de la volcanología, no me resisto a copiar: "lo primero, porque el volcán, mientras más alto y cubierto de nieve, más fuego arroja de sí por la propia cumbre; lo segundo, porque en tiempo de invierno hecha de sí más fuego que en verano, y lo tercero, porque este fuego sale más en abundancia de noche y a la madrugada que no de día, y es esto la causa que, mientras más alto el volcán, más cercano se halla de

la frialdad de la media región, y mientras más frío fuere el tiempo, más fuerza alcanza para producir fuego, haciendo con mayor vigor recoger y unir la fuerza de las exhalaciones".

## 7. VIEJA Y NUEVA GEOGRAFÍA.

Durante la exploración comenzó ya la implantación y, poco más tarde, se efectuó la extensión española sobre estos territorios, lo que supuso una reorganización de los espacios. También ello permitió el desarrollo y la profundización de los conocimientos de los paisajes naturales americanos, sin que se perdiera la fascinación de los primeros que los describieron. Una frase del sabio Mutis podría mostrarlo: "El silencio, la paz, los bosques de América tuvieron más atractivo sobre mi corazón que la grandeza y la pompa de las Cortes de Europa". Esa mirada admirativa siguió siendo una constante, que permitió la misma posibilidad de existencia de las expediciones naturalistas y geográficas posteriores, no sólo la utilidad y la razón política, de Azara, Malaspina, Sessé, Ruiz, Pavón, Mutis, Jorge Juan y otros más. Sobre todo, llega a los ejemplares viajes de Humboldt y de Darwin, fuentes de corrientes científicas aún hoy decisivas. Con estos dos viajes americanos se produce -como es sabido- el renacimiento de la Geografía moderna, que surge así de la contemplación, de nuevo fascinada, de la naturaleza del Nuevo Mundo.

Efectivamente, la Geografía, como saber, se ha construido en buena medida a partir de los materiales aportados por esa naturaleza americana.

Es lógico, pues, pensar que sería deseable que la actual Geografía española reorientara sus programas de trabajo en esta misma dirección. Sería quizá indispensable que también la actitud admirada volviera a tener su viejo papel conductor.

## 8. BIBLIOGRAFÍA.

- ACOSTA, J. DE (1987): *Historia natural y moral de las Indias*. Madrid, Historia-16. 515 p.
- AZARA, F. DE (1962): «Descripción de Historia del Paraguay y del Río de La Plata», en *Viajes y viajeros por América del Sur*, Tº II, p. 331-497.
- BARREIRO, A. J. (1926): *Historia de la Comisión Científica del Pacífico (1862 a 1865)*. Madrid, Museo Nacional de Ciencias Naturales, 527 p.
- CANOSA, E. Y SÁEZ POMBO, E.: *Informes sobre Geografía de América*. Departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid. (Inéditos).
- CÁRDENAS, J. DE (1988): *Problemas y Secretos maravillosos de las Indias*. Madrid, Alianza. 282 p.
- CERVANTES DE SALAZAR, F. (1985): *Crónica de la Nueva España*. México, Porrúa, 860 p.
- COLÓN, C. (extractado por LAS CASAS, FR. B. DE) (1968): *Libro de la la Primera Navegación y Descubrimiento de las Indias*. Diario de Colón.

- Madrid, Cultura Hispánica, 202 p.
- CORTÉS, H. (1973): *Cartas de Relación*. México, Porrúa, 331 p.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. (1885): *Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra firme del Mar Océano*. Madrid, Imp. R. Acad. Historia, Tº IV.
- DANTÍN, J. (1934): *Exploradores y conquistadores de Indias*. Madrid, Instituto Escuela. 349 p.
- DÍAZ DEL CASTILLO, B. (1963): *Verdadera Historia de la Conquista de la Nueva España*. México, Fernández Ed., 730 p.
- DÍEZ TORRE, A. ET AL. (Eds.) (1991): *La ciencia española en Ultramar*. Aranjuez, Doce Calles, 395 p.
- FUENTES, C. (1993): «Elogio del Barroco», *Bol. Bibl. Menéndez Pelayo*, LXIX, p.3-26.
- JIMÉNEZ DE LA ESPADA, M. (1965): *Relaciones Geográficas de Indias*. Madrid, Atlas.
- LE FLEM, J. P. (1989): «L'impact de l'Extrême Occident sur les économies européennes a l'époque moderne», en *L'Extrême-Occident*, Paris, Sorbonne, p.53-63.
- LÓPEZ DE GÓMARA, F. (1552): *Historia General de las Indias*. Ver edición de Barcelona, Iberia, 2 tomos.
- LÓPEZ MEDEL, T. (1990): *De los Tres Elementos. Tratado sobre la Naturaleza y el Hombre del Nuevo Mundo*. Madrid, Alianza, 299 p.
- LÓPEZ DE VELASCO, J. (1971): *Geografía y descripción universal de las Indias*. Madrid, Atlas.
- MARTÍN FERRERO, P. (1985): *El sabio Mutis*. Cádiz, Ingrasa, 229 p.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. (1993): «La primera imagen geográfica de los volcanes de América», *Alisios*, p. 21-35.
- MARTINIC, M. (1985): *Ultima Esperanza en el tiempo*. Punta Arenas, Universidad de Magallanes, 278 p.
- NÚÑEZ CABEZA DE VACA, A. (1957): *Nafragios y Comentarios*. Madrid, Espasa-Calpe, 262 p.
- PALAU, M. (Ed.) (1984): *La expedición Malaspina 1789-1794*. Madrid, Min. Defensa y Min. Cultura, 182 p.
- PRIETO, C. (1975): *El Océano Pacífico: Navegantes españoles del siglo XVI*. Madrid, Alianza, 198 p.
- SOLÍS, A. (1947): *Historia de la Conquista de Méjico*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 457 p.
- SÁNCHEZ, B. (Ed.) (1987): *La Real expedición botánica a Nueva España. 1787-1803*. Madrid, Real Jardín Botánico, 358 p.
- STEELE, A. R. (1982): *Flores para el Rey. La expedición de Ruiz y Pavón y la "Flora del Perú" (1777-1788)*. Barcelona, Serbal, 347 p.
- TERÁN, M. DE (1987): *Del Mythos al Logos*. Madrid, CSIC, 283 p.

**RESUMEN:** Los cronistas de Indias dejaron constancia escrita de los diversos paisajes americanos progresivamente descubiertos y, con ello, elaboraron una primera imagen

geográfica del Nuevo Mundo, tanto descriptiva, precisa y práctica como admirativa y fantástica. Su percepción de la gran naturaleza es especialmente interesante en lo referido a los ríos, las cordilleras y los volcanes.

**PALABRAS CLAVE:** Indias, cronistas, ríos, cordilleras, volcanes.

**SUMMARY:** The chroniclers of the Spanish penetration into America left a written record of the varying American landscapes as they were progressively discovered. In so doing, they built up a first geographical image of the New World, which was both descriptive, precise and practical, and also full of admiration and imagination. Their perception of the grandeur of nature is particularly interesting in so far as it touches on rivers, mountain ranges, and volcanoes.

**KEYWORDS:** Americas, chroniclers, rivers, mountain ranges, volcanoes.

**RÉSUMÉ:** Les chroniqueurs des Indes laissèrent un témoignage écrit des différents paysages américains découverts progressivement et, avec cela, ils ont élaboré une première image géographique du Nouveau Monde, aussi bien descriptive, précise et pratique qu'admirative et fantastique. Leur perception de la grande nature est spécialement intéressante en ce qui concerne les fleuves, les cordillères et les volcans.

**MOTS CLÉS:** Indes, chroniqueurs, fleuves, cordillères, volcans.